Cuentos que viven a través de la pantalla

Cuando Campanilla resucitó por primera vez ante los aplausos del público en aquella representación de 1904, marcó sin saberlo el destino de los cuentos de hadas cinematográficos. Este componente importante del género fantástico continúa siendo objeto de atracción para el público y, por ende, para directores y guionistas (quienes se precian de evolucionar en sus técnicas narrativas al mismo tiempo que actualizan las historias más famosas, en mayor medida, gracias a Walt Disney).

La bella y la bestia es uno de los clásicos más revisionados, pero solo un equipo francés (el especialista en fantasía Christophe Gans y la productora y distribuidora Pathé, responsable de títulos como *Rush* —2013— y *El perfume: historia de un asesino* —2006—) podría adaptar el cuento de hadas más emblemático de su país de la forma más fiel posible. Como si pretendiera resaltar que no tiene nada que ver con Disney se empeña en mostrar detalles contrarios, de modo que adiós al vestido amarillo y el traje azul de la escena del baile, a la bruja, a los objetos parlantes, etc.

Sin embargo, no le sale bien del todo. En una era donde Disney se ha convertido en la gran cuentacuentos, el director recicla elementos familiares para no espantar al público de primeras, como la presencia de un nuevo Gastón en el personaje de Perducas (interpretado por Eduardo Noriega), que pone más la mira en el dinero que en la doncella; la escena del asalto al castillo; el momento en el que Bestia rescata a Bella del hielo cuando esta intenta huir..., como si con ello pretendiera defender que no se trata de una historia completamente nueva sino ya conocida, solo que contada desde otro punto de vista.

Aun así, las novedades ocupan la mayor parte del metraje y es lo realmente interesante del filme, en especial lo relativo al *background* de sus protagonistas, mucho más profundizado. El uso del castigo y la venganza como causa de la transformación en lugar de la vanidad modifica el sentido del cuento y añade el toque de originalidad justo. Este *mash up* entre la novela y la cinta de Disney puede lograr acaparar al público más tradicional con el que ansía novedad, pero realmente resulta innecesario, pues la trama original ya contiene en sí partes muy atractivas.

El valor del cuento se ensalza con una literariedad apoyada en una Bella narradora que relata a sus hijos, cual Wendy Darling, su propia historia en tercera persona. La fotografía, la

escenografía, el vestuario y el montaje sirven a la fantasía del largometraje, que presenta un reino mágico con ninfas y dioses a donde solo se puede llegar mediante magia. El paisaje puede que sea lo más deslumbrante del filme, porque te hace sentir en un cuento auténtico.

Aunque no todo lo mágico que aparece viene del original, ya que el guion se permite ciertas libertades, en esencia es el mismo relato que se contaba en el siglo XVIII, lo que puede atrapar a un espectador que ya conoce de antemano el final, brindándole la oportunidad de revisionar un clásico. Ahora bien, toda adaptación tiene un punto oscuro y esta peca en algo que las versiones de Disney han llevado mejor y que constituye la base de la trama: el romance entre la bella y la bestia. El problema de la exaltación fantástica es que el guion se deja arrastrar por ella y olvida que un espectador del siglo XXI es algo más exigente y espera verosimilitud en aspectos cruciales como el desarrollo de las relaciones. Si esperáis ver cómo Bella se enamora poco a poco de la bestia esperad sentados porque sucede de la noche a la mañana. La elipsis sirve únicamente para aligerar la rutina de la joven, que pasa muchos días realizando las mismas cosas. Tal vez todo sea demasiado igual o tal vez aun así el tiempo sea muy corto.

Pese a esa espinilla, la historia, como se puede ver, continúa viviendo gracias a los aplausos.